3

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS

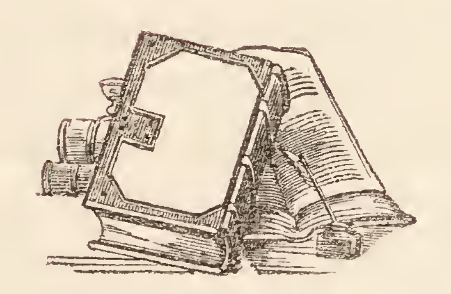
DE LA

ESCUELA DE MEDICINA

AL TERMINAR EL AÑO ESCOLAR DE 1863

Por el Catedrático de Clínica

DOCTOR DON MIGUEL FRANCISCO JIMENEZ.



MÉXICO

IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE

Calle de Tiburcio número 19.

1864



Exmos. Sres.

Demos, antes de todo, las gracias mas reverentes al Dispensador Supremo de todos los bienes por habernos concedido llegar al trigésimo aniversario de la ereccion de nuestra Escuela; por haberla salvado de la borrasca horrible que ha conmovido hasta en sus cimientos la sociedad entera, y por habernos dado la fuerza y el aliento necesarios para cumplir nuestra mision, poniendo la misma sociedad á cubierto de la influencia perniciosa de la falsa ciencia y de la inmoralidad; cáncer funesto que corroe el corazon de los pueblos dominados por el indiferentismo y la impiedad.

Es, en efecto, un acto admirable de la Providencia el hallar entre nosotros todavía en pié, lleno de vida y de esperanzas, un establecimiento tan benéfico, consagrado á difundir y adelantar aquellas ciencias que atienden mas de cerca á los primeros intereses de la comunidad y de la familia; y es mas admirable que en medio de los embates del mar embravecido de las pasiones políticas, haya podido alcanzar en sus esfuerzos una perfeccion tan cumplida y elevada, que propios y estraños reconocen y por todas partes aplauden y celebran. Justo es, por tanto, el homenaje de nuestro reconocimiento religioso, y al tributarlo juntos en este acto solemne, en que nos reunimos á celebrar los frutos conseguidos en el año que hoy termina, permitidme, señores, manifestar brevemente que esos

adelantos en la ciencia que todos admiran, en vez de pervertir y descarriar la razon, como afectan temer algunos genios superficiales y espantadizos, levantan el espíritu en alas de la ciencia á las regiones plácidas del bien, en que la fe se aviva y hondamente se arraiga por un convencimiento espontáneo y razonado, donde brinda la esperanza con las promesas consoladoras de una vida mejor, y en que, el alma se siente arrebatada por los impulsos generosos de la caridad; fuente inagotable y la mas pura de constantes beneficios para la humanidad.

A cualquier punto del universo que dirija sus investigaciones halla el naturalista en el concierto armonioso de todos los séres, motivos incesantes que le revelan una inteligencia suprema, que rige y ordena tan admirable conjunto por medio de leyes sencillísimas, que ponen de manifiesto la simplicidad inmensa de aquel Sér; pero siguiendo uno á uno los eslabones del encadenamiento portentoso de la creacion, halla tambien en todos ellos, desde el acto mas simple que preside á la union de unas moléculas con otras, hasta el poder inmenso que regula el curso interminable de los astros, misterios insondables que pasman y confunden la razon, y la hacen presentir y venerar otros misterios mas profundos en el órden moral mas elevado, que son para el hombre la base inalterable de sus creencias y el ansiado fanal de sus eternas aspiraciones.

Puede sin duda el físico con sus balanzas y compases tan precisos en que brilla todo el ingenio y la sagacidad del hombre, medir y computar exactamente las propiedades todas de los cuerpos; descubrir las leyes que los arrastran á unos en pos de los otros, cambiar su estado, y alejando sus moléculas, aplicar la fuerza espansiva que resulta á una simple bomba, capaz entonces de poner en perpetuo movimiento las enormes y multiplicadas palancas de las máquinas mas complicadas, de arrastrar los trenes mas pesados á lo largo de prolongados ferrocarriles, y los gran-

des navíos á traves de las ondas de los mares, con una velocidad que iguala y á veces sobrepuja la de los vientos y tempestades que domina; puede enrarecer los gases y elevarse por su medio, en una esfera de frágil tejido, hasta el seno mismo de las nubes, donde como un genio contempla á sus piés dilatadas regiones de horizontes hasta él desconocidos; puede obligar la luz á dejar en su paso fugaz sobre una lámina, imágenes durables y exactísimas de cualesquiera objetos que un momento ha bañado con sus ondas resplandecientes; puede aprisionar el rayo, desviarlo en su carrera destructora y dirigirlo á su placer adonde agote en esfuerzos impotentes su poder desolador; puede tambien mandarlo como dócil mensajero á lo largo de un alambre llevando instantáneamente el pensamiento en centellas sucesivas hasta pueblos muy remotos, ya no solo atravesando el aire libre, sino los piélagos profundos é insondables del óceano. Puede en verdad el químico sujetar á cálculo preciso las leyes que en el mundo de los átomos, realizan prodigios de atraccion, tan sorprendentes como aquellos que enlazan unos á otros los grandes luminares del firmamento: puede descomponer los cuerpos, otra vez componerlos á su arbitrio, y con una facultad casi creadora, dar el sér á otros nuevos desconocidos en la naturaleza, con que surte de nuevas armas á la ciencia y de nuevos y variados elementos á las artes y á la industria, para esos productos infinitos que hacen el encanto y bienestar de las familias. Pueden el botánico y el zoologista estudiar la naturaleza en una nueva faz; seguir á la materia en las intrincadas combinaciones de la organizacion, y reunir en armonioso sistema los séres todos que viven y que sienten, conforme al patron eterno que su Autor se propuso en el plan de la creacion. Puede tambien el geólogo en las capas sucesivas que han amontonado los siglos en la superficie de la tierra, hojear como en un libro la historia entera de las edades, que desde la

creacion han pasado como oleadas sobre la faz de nuestro globo. El médico, á su vez, apropiándose todos esos preciosos documentos, descubre y utiliza las diversas y multiplicadas influencias, favorables ó adversas, que el hombre resiente del universo entero: analiza hasta en los resortes mas pequeños de la organizacion los efectos tan variados y tan llenos de prestigio de ese fenómeno estupendo que se llama vida: penetra hasta la profundidad de los órganos, y asiste en cierto modo, con procedimientos ingeniosos y casi siempre infalibles, á las funciones con que ellos mismos sostienen el equilibrio de esa máquina admirable: conoce los elementos y ocasion que lo trastornan; y usando á su placer entre aquellas influencias opuestas de las que son mas apropiadas, modifica el organismo, restablece á su centro el equilibrio pervertido y devuelve á una familia desolada el padre ó el amigo, el hijo ó el hermano que lloraba ya perdidos. Mision divina que en medio de las tribulaciones de esta vida, anticipa en el alma del filósofo los goces inefables que le ofrecen para otra que no acaba.

Todo eso puede el hombre—aun puede mas que callo—y en ese poder que diariamente crece en proporciones de gigante, funda con razon los títulos mas altos de su gloria. Pero ¿qué vale ese poder cuando se acerca al valladar que Dios opuso á la ansia de saber que á aquel domina? Preguntad, si no, al mas encumbrado de los sabios en qué consiste, cuál es la esencia de esa fuerza que él llama atraccion, que siglo tras de siglo viene haciendo girar millones de astros en círculos perpetuos é invariables, alrededor de millones de soles derramados como diamantes para alumbrar á nuestra vista la inmensidad de los cielos? ¿Cuál la de esa otra que llama afinidad, que reune las moléculas en series perfectamente definidas, siempre idénticas produciendo esos magníficos cristales, cuyas formas admira el geómetra estasiado, y en que la luz ostenta en-

tre sus faces inclinadas el espléndido ropaje que despliega en el íris y en la nácar? ¿Qué espíritu se oculta en el seno de los cuerpos, que al chocar unos con otros salta en chispas centellantes, que alumbran como el sol, devoran lo que tocan á su paso y consumirian el universo entero si el universo se hallara al alcance de sus iras? ¿Qué magia es la que inclina la aguja magnética siempre al mismo punto del espacio, señalando al náutico su rumbo entre los escollos y las brumas de mares no esplorados? ¿Qué es ese agente poderoso de formas tan variadas, que da á los séres en que se halla la facultad de crecer y de moverse, de sentir y tambien de reproducirse, sea que fecunde el óvulo que encierra al gérmen, sea que circule con la savia de las plantas, ó se difunda á torrentes con la sangre por todo el organismo de los séres que respiran? Y en el hombre, compendio de las maravillas de lo creado, ¿qué lazo reune en íntimo consorcio dos principios tan diversos, espíritu y materia? ¿Cómo ceden y obedecen á las mutuas influencias que se ejercen del uno para el otro? ¿Qué son, por último, esas nobles facultades de la mente, que enaltecen al hombre sobre todas las criaturas, lo levantan y lo acercan á la fuente misma eterna de su orígen?

Todos son arcanos, misterios que no alcanza á penetrar el alma ni en los arranques mas osados de su anhelo. Con razon el semi-sabio vacila y duda, y en su fascinacion cierra su fe á todo aquello que no alcanzan ó no tocan sus sentidos, agitando sus labios blasfemos, palabras arrogantes de despecho, imprecaciones y sarcásticos sofismas contra un porvenir que él ya no espera. Con razon el verdadero filósofo, al tocar los confines de la ciencia, inclina su frente resignada, espera con fe viva, adora y bendice al munífico Autor de tanta maravilla.

A esta situacion os convido, jóvenes alumnos. Y ya que habeis emprendido con valor una peregrinacion tan dila-

tada, tan llena de sinsabores y de espinas; ya que aspirais al alto ministerio que os constituya en guardianes fieles de la salud, de la vida y del honor de las familias, tened siempre presentes las palabras que en ocasion como ésta otra vez os dirigia: "Felices vosotros si probais con vuestro ejemplo que el estudio de la naturaleza, lejos de corromper la razon, la afirma y la sostiene en la creencia consoladora de aquellos dogmas que atienden á nuestra futura suerte. Felices vosotros si llegais á ser el consuelo de vuestros semejantes en las horas críticas del dolor y de la angustia, á las que no alcanza el imperio de los grandes, el poder de las riquezas ni el influjo de las pasiones, y en que solo el médico sabio y religioso puede llamarse propiamente el ángel tutelar de la vida del desgraciado."